

Homilía Vigilia de la Natividad del Señor
Catedral de Santa María de la Sede, Sevilla
24 de diciembre de 2022

Lecturas: Is. 9, 1-3. 5-6; Salmo 95, 11-3.11-13; Tit. 2, 11-14; Lc 2, 1-14.

1. «Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (Lc 2, 11). Queridos: Sr. Deán y Cabildo Catedral, diáconos, hermanas y hermanos que participáis en esta celebración. En la proclamación del Evangelio hemos escuchado el relato del anuncio de un ángel del Señor a los pastores de Belén, la comunicación de un hecho inefable que estaba teniendo lugar en un pesebre. Esta Buena Nueva resuena con toda su fuerza y actualidad aquí y ahora para nosotros, y en cientos y cientos de miles de catedrales, iglesias, capillas, oratorios y hogares familiares, en todo el mundo, en los cinco continentes. Nos unimos espiritualmente a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que hoy celebran la solemnidad de Navidad y que viven el gozo del nacimiento del Señor.

2. El profeta Isaías lo anunció, tal como hemos escuchado en la primera lectura: El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, y es su nombre Príncipe de la Paz. Un nacimiento cargado de misterio, porque este niño es el Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos. Es el Hijo eterno de Dios, que, por obra del Espíritu Santo, se encarnó de la Virgen María, y se hizo hombre. Se ha encarnado y nacido por nosotros y por nuestra salvación, para llevar a cabo una Nueva Alianza. Por eso celebramos con gozo esta fiesta, porque como nos recordaba san Pablo en la segunda lectura, «se ha revelado el amor de Dios, que quiere salvar a todos los hombres».

3. ¿Cuál es la sustancia de la Buena Nueva de Navidad? Navidad es paz y amor, es luz y reconciliación, es alegría y esperanza; es la gran noticia de la **encarnación y el nacimiento de Jesucristo**, y de que por él somos **hijos de Dios**. Las lecturas de la Sagrada Escritura que iremos escuchando a lo largo de estas fiestas van repitiendo la gozosa noticia del gran amor de Dios a los hombres. La Encarnación de Cristo, la Palabra y la Sabiduría de Dios, en una naturaleza humana, produce la mayor revolución de la historia de la humanidad, y posibilita que el ser humano pueda alcanzar su dignidad más alta: ser hijo de Dios.

4. Hoy contemplamos especialmente el **amor de Dios**. Un amor eterno e infinito, un amor tan grande y tan profundo, que sobrepasa nuestras capacidades, que escapa a nuestras valoraciones, pero que podemos intuir en la ternura de un niño que nace y que es el Hijo eterno de Dios que entra en el tiempo. El omnipotente, que se hace debilidad y viene a nosotros como un niño pequeño para que podamos quererlo; el infinito, que asume una naturaleza humana, y que podemos encontrar recostado en un pesebre; el Dios eterno que comparte nuestra condición humana, que se encarna en nuestra historia y que nos enseña a vivir como hermanos.

5. El pueblo que caminaba en tinieblas vio una **luz** grande, nos ha dicho el profeta Isaías. En la oración colecta al inicio de la Misa de hoy hemos pedido al Señor poder gozar en el cielo del esplendor de su gloria a los que hemos experimentado la claridad de su presencia en la tierra, llenando esta noche de claridad. Y en el prefacio confesaremos que por el misterio del Verbo hecho hombre, una nueva luz de la gloria de Dios ha iluminado

nuestros ojos para que conociendo a Dios visiblemente, él nos lleve al amor de lo invisible.

6. La imagen de la luz está muy presente en la Sagrada Escritura. Según el profeta Isaías, la luz de Israel y de todas las naciones será el Mesías. En el evangelio de san Juan (8, 12), Jesús afirma de sí mismo que es la luz del mundo: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida». Es éste un misterio profundo que san Pablo también recoge en la segunda carta a los cristianos de Corinto (4, 6): la luz de Dios brilla en el rostro de Cristo y de ella se irradia al corazón de los apóstoles, y por los apóstoles a todo el mundo. Deberemos, pues, caminar en la luz.

7. Caminar en la luz significa obrar de acuerdo con la verdad, tratando de ser verdad y de obrar según la verdad en toda ocasión. Hace dos mil años, en aquel humilde pueblo de Belén apareció la luz que el mundo esperaba y necesitaba. En ese niño aparece la gloria de Dios, la gloria del amor de Dios, la gloria de la vida nueva y el bien. La luz de aquel niño ha envuelto a lo largo de la historia a muchos hombres y mujeres que han transparentado esa luz, esa paz y ese amor. Ser luz equivale a pensar, decir y vivir en la verdad, en todas las circunstancias, y no pactar ni asociarse con la mentira, sino denunciarla con valentía.

8. «Y en la tierra **paz a los hombres** de buena voluntad». Entre los títulos que el profeta Isaías ha otorgado a este niño, le llama también Príncipe de Paz. Éste es el anuncio del ángel que acompañó su nacimiento. Es un mensaje de esperanza que viene de Belén y que resuena siempre actual: Dios ama a todos los hombres y los llama a vivir en paz, formando una gran familia. Este amor suyo, manifestado en el Hijo recién nacido, es el fundamento de la paz. Este amor debe llevar a la reconciliación de cada persona con Dios, consigo misma, con los demás y con la creación, y de este modo se harán nuevas las relaciones entre las personas y podrán vivir en fraternidad superando todo tipo de violencia, de conflicto, de guerra.

9. La paz es una de las aspiraciones más profundas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Dios quiere que sus hijos vivan en paz. Debemos pedir a Dios una y otra vez el don de la paz y trabajar en la construcción de la paz. Construir la paz desde los cimientos de la verdad, de la justicia, del amor y de la libertad. Construir la paz educando en la solidaridad, en la conciencia de que la humanidad es una familia que debe compartir sus bienes. Construir la paz desde una urgente reorientación y un nuevo replanteamiento de la actividad económica.

10. Para poder construir la paz es necesario avanzar por el camino del perdón. La purificación de la memoria y el olvido de las ofensas para que no se llegue a una dinámica de revanchas continuadas. La educación para la paz es una asignatura continua, una formación permanente, sobre todo para niños y jóvenes. Se convierte en un compromiso por parte de todos con una pedagogía del diálogo y de la mediación. Hemos de seguir el ejemplo de Cristo, mediador entre Dios y los hombres, que ha venido al mundo para unir lo que estaba dividido, que ha venido a traer la paz y a reunir a todos los hijos de Dios.

11. «Os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la Ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor». Esta Buena Nueva

ha de producir en nuestra vida una alegría profunda, porque Dios ha entrado en la historia para salvarnos; también una gran esperanza, porque Jesucristo es la Vida que llena de sentido nuestra vida; por último, ha de reavivar el amor, porque Dios es amor, nos ha creado por amor y nos ha creado para que vivamos como hijos de la luz, en la verdad, en la coherencia, en el amor. Santa y feliz Navidad para todos.

Monseñor José Ángel Saiz Meneses

Arzobispo de Sevilla